

últimos y más destacados actos públicos protagonizados por Juliá sería el Pregón que pronunciase en RNE de Cuenca, durante la Semana Santa de 1955, el viernes de Dolores, 1 de abril.

Tras su estancia en Cuenca, que finaliza en febrero de 1956, regresaría a Barcelona. Poco antes había fallecido su madre Raimunda Andreu en la propia ciudad, y aquí sería enterrada en un acto público de mayestático de duelo, en San Isidro, el día 27 de enero de 1958, donde todavía, a la entrada, luce una descuidada lápida. En Barcelona retomaría su labor de abogado. Lo cierto es que las corporaciones provincial y local apoyarían la concesión de la Gran Cruz del Mérito Civil el miércoles 10 junio de 1956, trasladándose el concejal Pando López a Barcelona para su entrega.

Al poco de su regreso a Barcelona, el gobernador civil Felipe Acedo, le nombra Consejero Provincial del Movimiento. Juliá se había preocupado de cultivar su amistad. Poco antes de su regreso, como si ya tuviese inminente el final de su etapa, en abril de 1955, se postula en la terna de Barcelona para designar a su representante como Consejero Nacional. Pero para entonces otra de las vacas sagradas del falangismo catalán como es Ricardo Lechuga Paños, le gana por goleada. Juliá apenas si consigue 5 votos frente a los 237 del primero. El segundo nombramiento que conseguirá será el Subjefe Provincial. En la toma de posesión del cargo (3 de marzo, 1957) le alaban como “hombre de cultura y experiencia, de los tiempos heroicos y difíciles de Falange, admirador de Gracián y de la obra política de Fernando el Católico”. Había sustituido a José Maluquer, que a su vez le reemplazará el 18 de marzo de 1958. Hecho significativo para acceder a este puesto, además de todo lo descrito, es su activa militancia en Falange también por estas fechas, como testimonia que el 20 de noviembre de 1956 pronuncie un “fogoso y con palabras llenas de emoción” discurso en la conmemoración de la muerte de José Antonio, en la propia jefatura provincial, como miembro de la vieja guardia y ya ex gobernador de Cuenca.

Un nuevo cargo, con la rúbrica del ministro de la gobernación (por estas fechas José Luis Arrese, que había estado en Cuenca de visita en alguna ocasión) fue el de Diputado Provincial el día 1 de abril de 1958. Puesto que ocuparía durante dos legislaturas, hasta 1964. A partir de esta fecha no nos constan más cometidos oficiales. Su profesión como abogado, será ya común en su hábitat de Barcelona, y que tendrá que ver básicamente con su especialización en el comercio marítimo. Así, y al tiempo que representaba a una compañía inglesa, colabora y con el tiempo preside el Comité de Derecho Marítimo, del colegio de abogados, en sintonía con la Cátedra del Consulado del Mar de la Universidad. Hacia mediados de los sesenta es cuando retoma su pasión literaria. De esos años y de los primeros setenta son sus dos novelas Pedro y Los Darsán. El 7 de enero de 1966, queda finalista del premio Nadal, con “Uno o dos sueños”, que gana “El buen salvaje” del colombiano Eduardo Caballero Calderón. Juan Ramón Masoliver (que había estado en Cuenca llevado por Ruano hizo un breve comentario de la novela de Juliá, “viejo compañero de aulas, un novelista a la inglesa. Quiero decir ese gustoso ensamblaje de lo novelesco y lo intelectual, del diálogo salpicado de humor como vehículo de raros saberes, bordeando el ensayo. A lo Huxley, para entendernos, aunque de Juliá sea una querencia de lo fantástico y nada ajena el recuerdo del más ameno Pierre Benoit”.

Unos últimos datos nos indican que una de sus hijas, por aquello del azar objetivo, Angelines se halla casada con Emilio Cuenca. Sus nietos por tanto se apellidan Cuenca Juliá. La esposa Angelines Campabadal fallecería el 12 de agosto de 1989. Su cuñado Ramón el 31 de octubre de 1993, a los 84 años. Y el propio Gabriel Juliá el 8 de enero del 2001, siendo enterrado en el cementerio de Montjuich el día 10.

Como conclusión quería finalizar diciendo varias cosas. La primera es que el tiempo de Juliá tuvo una decidida incidencia en la construcción de la posguerra en Cuenca. Toda ella, claro es, desde los parámetros de los vencedores. A él le tocó oficiar con el final militar y al tiempo con el intento de recuperar la apariencia de normalidad de la provincia. El discurso se basó en los planteamientos ideológicos donde la lectura de la historia imperial propia se alía con la doctrina triunfante tras la guerra. Con todo, al ser la segunda oleada ideológica, la primera desde el convencimiento y no tanto desde el vencimiento, pudo contar con personas mejor preparadas. Ello supuso un hilo de convivencia y consenso, y en el que a pesar de su distanciamiento de la “calle”, que diríamos hoy en día, se esforzó en sus posibles. Apenas nada más. Por tiempo o por designios o por bases arrasadas. Pero, gracias a su esfuerzo, o incluso a su pesar, y sin olvidar el febril tiempo de racionamiento suavizado o la pérdida de población, surgieron nuevas voces capacitadas para retomar los impulsos creativos y de identidad (por ahora más cercanos al paisaje y a lo turístico), hoy por todos admirados y reconocidas. Es por ello que mis palabras son un mero ejercicio de memoria, y que desde luego aspiran a transformarse en un más detallado y documentado libro, y tras ellas simplemente abrir paso al estudio sis-